

obligados á implorar vuestro sustento de puerta en puerta: confiad en la Providencia de Dios, que no os dejará sin el alimento necesario; sufrid con resignacion los trabajos y necesidades que Dios os envia, pues que ellos servirán para formar vuestra corona de gloria. Pero temblad vosotros, corazones de piedra, á los que ablandar no puede la miseria. Vosotros cerrareis vuestras manos al pobre; pero cerradas encontrareis las puertas del cielo, que no pueden abrirse á los que desprecian los preceptos del Hacedor Supremo. ¿Vosotros no reconocéis al pobre por hermano? Tampoco Jesucristo os reconocerá á vosotros por hijos. ¿Creeis acaso que esos bienes que tanto reservais os van á durar siempre? ¡Cuán miserables sois! Llegará un dia, y tal vez ese dia no esté lejano, en que os vereis á la puerta de la muerte. ¿Y alcanzareis la vida con vuestras riquezas? Tal vez entonces dispongais que despues de vuestros dias se repartan abundantes limosnas á los pobres con vuestras riquezas. ¡Qué fin tan hermoso para aquel que fué limosnero durante su vida! Pero vosotros, ricos, avarientos y faltos de caridad, por qué disponeis en vuestro últimos momentos legadós para los pobres? Es muy claro: porque no podeis llevar con vosotros al otro mundo los bienes que formaban vuestra aparente felicidad en este. Os veis obligados á abandonarlos, ¡qué mucho que dispongais limosnas!

Desengañaos, cristianos; en vida es cuando principalmente debeis hacer limosnas, puesto que es un precepto del Señor: vosotros los que podeis, no esperar á que la necesidad os busque; salid vosotros de vuestras casas y buscad al que tiene hambre para darle de comer, al que tiene sed para darle agua, al

que está desnudo para cubrir sus carnes. ¡Cuán agradables os hareis en este caso á los ojos de Dios: aceptando vuestras limosnas como si á él mismo se las diéseis, os colmará de bendiciones, pues que escuchará y atenderá las súplicas que en vuestro favor le dirijan los pobres.

¿No es cierto que deseais gozar de todos los placeres? ¿No habeis corrido precipitadamente tras de los goces mundanos? Pues bien, yo os quiero proponer otro camino placentero. El mundo os ha dado mil desengaños, y entre las rosas os ha presentado las espinas. Yo os ofrezco en nombre de la religion goces y placeres que llenen y satisfagan vuestros corazones, sin que os dirijan á la perdicion: antes por el contrario, os servirán para ir formando un caudal en el cielo. ¿Y qué placeres son estos? Oidme. Buscad, inquirid donde hay una necesidad; pronto la encontrareis, pues que hay muchos pobres entre nosotros. En un miserable albergue encontrareis una pobre viuda rodeada de tiernos infantitos que le piden pan: vereis aquella pobre mujer affigida y vertiendo lágrimas de desconsuelo por no tener con que remediarse ni remediarlos. Acercaos á ella; preguntadle la causa de su afficcion, y al oir su miseria, y al ver aquel cuadro desgarrador, abrid vuestra mano, dadle una bendita limosna, esperaos á que aquella infeliz se provea de alimentos, y cuando veais aquellas tiernas criaturas que en compañía de su madre devoran aquel pan tan deseado, ¿no sentireis un placer inesplicable? ¿No rebotará vuestra alma de una alegría, de una satisfaccion la mas grande y la mas noble? Y despues cuando aquellos pobrecitos recen un Padre nuestro, cuando dirijan sus súplicas al cielo en favor de su bienhechor, ¿dejareis de ver-

ter lágrimas de ternura? Y Dios que tanto se agrada de estas caritativas obras, ¿dejará de escuchar los lamentos del pobre? ¿Dejará de derramar sobre vosotros sus bendiciones? Haced la prueba, mis hermanos; socorred la indigencia: amparad al huérfano, socorred á la viuda, dirigid vuestros pasos á la casa del enfermo; haced por encontraros allí donde exista la necesidad, socorriéndola segun vuestros recursos lo permitan, y gozareis de los placeres de la caridad desconocidos de los mundanos, y que no saben apreciar los avaros. Haced limosna, porque á ello estais obligados; pero hacedla cristianamente, apartando de ella el espíritu de vanidad. Hemos llegado al asunto que ofrecí tratar en la

SEGUNDA PARTE.

Predicar y enseñar á los fieles la caridad cristiana y el cómo deben practicarla; y tomar la defensa de los pobres, advirtiéndole á los ricos la necesidad en que estan de mirar por ellos, es una obligacion de la que yo no puedo desentenderme por mi carácter de ministro de aquel Dios de paz, que amó y recomendó con instancia la pobreza; de aquel Dios que siendo riquísimo, pues que es dueño del cielo y de la tierra, y cuanto en ellos se contiene, quiso aparecer entre nosotros en la mayor pobreza, la que ostentó admirablemente reclinando su divina cabeza sobre las humildes pajas del pesebre en el portal de Belen.

Yo veo, mis hermanos, que muchos hacen limosnas; pero no dejo de observar que muchas de ellas no se hacen segun el espíritu del cristianismo. Los modernos filósofos que se han propuesto trastornar todo

principio de orden y de sociedad, inventando las pomposas frases de beneficencia y filantropía, hánse empeñado en hacer desaparecer el nombre de caridad cristiana. ¿Qué mas tiene un nombre que otro, me direis vosotros, toda vez que el fin sea el mismo? ¡Ah! Que la diferencia no puede ser mas notable, ora se atienda al nombre, ora al fin. Lo esplicaré en pocas palabras, pero suficientes para que os convenzais de esta verdad. La caridad fraterna mira en el pobre un hermano: la filantropía un inferior. La caridad obra por Dios, y desinteresadamente: la filantropía obra por el hombre y por el propio interés. Ved aquí por qué las obras de la caridad cristiana permanecen, y las otras se disipan como el humo. El hombre religioso que da limosna por Dios, no busca su propia estimacion, como le sucede al vanidoso que se desprende de algun interés, y hace una obra buena, buscando los aplausos del mundo: al primero lo premia Dios con su gloria, y el segundo recibe su galardón en esos aplausos que le llenan de soberbia.

El mismo Espíritu Santo nos dirá por san Mateo, el modo como debemos hacer la limosna. Oigámosle. «Cuando haces limosna, nos dice, no hagas tocar la trompeta delante de tí, como los hipócritas hacen en las sinagogas y en las calles para ser honrados de los hombres: en verdad os digo, recibieron su galardón. Mas tú, cuando haces limosnas, no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en oculto, y tu Padre, que vé en lo oculto te premiará (1). Claramente nos muestra aquí el Señor que debemos huir de los placeres del mundo y no llevar

(1) Math. cap. VI, v. 2, 3 y 4.

otro objeto que el obedecer á Dios, haciendo bien por nuestros hermanos. Esto es necesario entenderlo. Se debe hacer la limosna en secreto para que sea grata á los ojos de Dios, segun la doctrina evangélica que acabamos de citar. Los fariseos hacian tocar una trompeta para juntar los pobres y ganarse la reputacion de hombres caritativos. Condenando el Señor esta hipocresía, espone el Crisóstomo, nos manda hacer la limosna de tal modo, que si es posible no se enteren nuestras mismas manos (1). Si la limosna se hace públicamente y se lleva el objeto de edificar, de dar buen ejemplo á los hijos ú á otras personas, entonces como no es la vanidad la que mueve el corazon, sino por el contrario, la misma caridad que nos ordena dar buen ejemplo, la limosna es bien hecha.

La limosna debe hacerse sin repugnancia y sin escusa; podrá ser que el pobre á quien la haceis sea molesto, importuno ó embustero, esto no servirá de pretesto para que no le socorrais. Si aparentó una necesidad que no tenia, él mismo se engañó: vosotros habeis mirado en el pobre á Jesucristo, y no perdereis el galardón de vuestra buena obra. Empero tened entendido que la limosna ha de hacerse de los propios bienes, y de ningun modo de los ajenos. El que roba y emplea lo que roba en hacer limosnas, lejos de practicar una obra de caridad, comete una injusticia. Pues qué, me direis, ¿no socorrió la necesidad? Sí: pero es un principio cierto, que no hay caridad donde no hay justicia. Además, mis hermanos carísimos, la limosna debe ir siempre acompañada de la humildad, de esta virtud hermosa que presidió todas las obras de Jesucristo. Hacer la limosna por mano age-

(1) Joan. Chrys. in Math. Homil. XIX.

na, pudiéndose hacer por la propia; juntar los pobres á una misma hora y hacerles esperar á las puertas del rico para que los vean los transeuntes, es soberbia. Grabar los escudos de vuestra casa y familia en la manta que facilitais al pobre para que se abrigue, es soberbia.

Estamos, mis hermanos, rodeados de pobres: la miseria salta á nuestra vista por do quiera que dirijamos nuestros pasos. *Semper enim pauperes habetis vobiscum* (1). Y bien: ¿dónde encontraremos pan para socorrer tanta pobreza? *Unde ememus panes ut manducent hi?* ¡Ah! En vuestras almas compasivas, en vuestros corazones cristianos, en vuestra caridad. Sí: la caridad es poderosa: socorred á vuestros hermanos, dad limosna y vereis aumentada vuestra hacienda. Dad limosna y os purificareis de vuestros pecados. ¡Cuántos bienes reporta la limosna hecha cristianamente! Se socorre al prójimo, se practica un acto de obediencia al Ser Supremo, se acarrean gracias para el alma y se va formando un caudal de merecimientos. Avaros que me escuchais, ¿no pasais mil incomodidades y privaciones por juntar un caudal que mañana dejareis? ¿Pues por qué no ambicionais el cielo, y tratais de ir juntando allí vuestro tesoro? Hacedlo así, teniendo entendido que cuanto hagais por los pobres, por vosotros mismos lo haceis. Haced bien, hermanos, por vosotros mismos: este es el grito de la caridad cristiana. ¿Y cerrareis vuestros oidos? ¿Y os profesareis tan poco amor á vosotros mismos que no os dignareis socorrer vuestras propias necesidades?

Conozcamos de una vez que debemos ser limosne-

(1) Marc. cap. XIV, v. VII.

ros, porque Dios lo manda formal y espresamente, y procuremos ejercer la caridad para con los pobres, pero de un modo cristiano, sin que la vanidad ni la soberbia presidan nuestras buenas obras, pues que en este caso perderemos todo el mérito para con Dios, y no recibiremos otra recompensa que esos aplausos que halagan el corazón mundano. Sea nuestra limosna hecha en lo oculto, á fin de que sea premiado por nuestro Padre, que vé lo oculto. Compadezcámonos de los pobres, así como Jesucristo se compadeció de aquella multitud hambierta: no podemos multiplicar el pan como el Salvador, pero podemos dar parte del nuestro, entristecernos con el triste y llorar con el aflijido.

Plegue á Dios que convencidos de las verdades que habeis oido, os decidais en adelante á ser misericordiosos con los pobres, dedicando á ellos lo que habiais de emplear en galas, adornos y demas cosas superfluas. Ojalá llegueis á sentir tal compasion de las necesidades ajenas que las mireis como propias, y os hagan quitar el pan de vuestra boca para socorrer á vuestros hermanos. Entonces sereis agradables á los ojos de Dios, quien en premio de vuestra caridad y misericordia la usará con vosotros, coronándoos de su gloria. Amen.

SERMON

PARA EL LUNES

DESPUES DE LA CUARTA DOMINICA DE CUARESMA.

La profanacion de los templos es un pecado horrendo, que el Señor castiga con todo rigor.

Nolite facere domum Patris mei, domum negotiationibus.

No hagais la casa de mi Padre, casa de tráfico.

Joan. cap. II, v. 16.

La vida de Jesucristo entre los hombres fué una vida de humildad y mansedumbre: al presentarse al mundo, tuvo por cuna un pesebre y por almohada las pajas que en él se contenian. Su objeto era destruir la soberbia, origen de nuestros males. Ni en las grandes contradicciones que esperimentó durante el tiempo de su predicacion, ni al recibir á Judas cuando con un ósculo de falsa paz le entrega en manos de sus enemigos, ni al ser insultado é injuriado en los tribunales, ni al sufrir los grandes tormentos de su pasion y muerte, alteróse en lo mas mínimo su semblante: resignado á la voluntad de su Eterno Padre, no desplegó sus